



APROXIMACIONES A UNA PERSPECTIVA INTEGRAL PARA EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES¹

Recibido: Abril 9 de 2015/ Revisado: julio 14 de 2015/Aceptado: Noviembre 3 de 2015
Por: Alexis Vladimir Pinilla Díaz²

Para citar este artículo/To reference this article/Para citar este artigo

Pinilla, A. (julio-diciembre, 2015). Aproximaciones a una perspectiva integral para el estudio de los movimientos sociales. *Investigium IRE: Ciencias Sociales Y Humanas*, VII (2), 93-106. Doi: <http://dx.doi.org/10.15658/CES-MAG15.05060208>

RESUMEN

El interés de este artículo es revisar las principales perspectivas teóricas sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, empezando por los postulados de algunas de ellas que se han considerado clásicas en el estudio de la acción colectiva y que, de una u otra manera, sirvieron como referente para el giro epistemológico de la década de los ochenta del siglo XX, y el surgimiento de perspectivas integradoras desde finales de los años noventa.

A partir de un abordaje cualitativo, se revisaron los principales textos dedicados al análisis de los movimientos sociales y se concluyó que existe una posibilidad integradora de los diferentes enfoques tendiente a profundizar el análisis de la movilización social.

Palabras Clave: Acción colectiva, movimientos sociales, teoría social clásica, teoría social contemporánea

APPROXIMATIONS TO AN INTEGRAL PERSPECTIVE TO THE STUDY OF SOCIAL MOVEMENTS

ABSTRACT

The interest of this article is to review the main theoretical perspectives on collective action and social movements, starting with the tenets of some of them that have been considered classics in the study of collective action and that, in one way or another, they served as a reference for the epistemological gyre of the Decade of the eighties of the 20th century, and the emergence of perspectives integrating since the end of the 1990s.

¹ El artículo se deriva de la tesis doctoral: Memorias de la acción colectiva del magisterio en Colombia, evaluada como tesis meritoria en el Programa de Doctorado en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

² Postdoctor Universidad Pedagógica Nacional. Doctor en Educación, Universidad Pedagógica Nacional. Magister en Historia de la Educación y la Pedagogía, Universidad Pedagógica Nacional. Licenciado en Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional. Profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá). Miembro del grupo de investigación Subjetividad y Nuevas Narrativas de la Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: apinilla@pedagogica.edu.co



From a qualitative approach, the main texts dedicated to the analysis of social movements have been reviewed and it concluded that there is an integrated possibility of different approaches tending to deepen the analysis of the social mobilization.

Key Words: Collective action, social movements, classical social theory, contemporary social theory

APROXIMAÇÕES A UMA PERSPECTIVA ABRANGENTE PARA O ESTUDO DOS MOVIMENTOS SOCIAIS

RESUMO

O interesse deste artigo é verificar as principais perspectivas teóricas sobre a ação coletiva e os movimentos sociais, começando com os postulados de algumas delas que são consideradas clássicas no estudo da ação coletiva e que, de alguma forma ou de outra, serviram como uma referência para a virada epistemológica da década dos oitenta do século XX e o surgimento de perspectivas de integração desde o final dos anos noventa.

A partir de uma abordagem qualitativa, se verificaram os principais textos dedicados ao análise dos movimentos sociais e concluiu-se que há uma possibilidade de integração das diferentes abordagens destinadas a aprofundar a análise da mobilização social.

Palavras-Chave: Ação coletiva, movimentos sociais, teoria social clássica, teoria social contemporânea



INTRODUCCIÓN METODOLOGÍA

Este artículo hace parte de un trabajo mayor enmarcado en la tesis doctoral sobre la movilización del magisterio en Colombia. En dicho trabajo se realizó una aproximación histórica a los contextos sociales y políticos, en los cuales se configuraron los siguientes tres aspectos relacionados con la movilización del Magisterio: las formas de organización del movimiento, las acciones colectivas adelantadas y los procesos de construcción de marcos referenciales que construyeron los actores implicados en el movimiento. Para llegar a dicho análisis, se recurrió a una exégesis de las principales apuestas teóricas de los movimientos sociales durante las últimas décadas, cuyo resultado sintético se expone en las páginas que siguen. La revisión se hizo a partir de una lectura comprensiva de los materiales teóricos desde la óptica de las necesidades investigativas para el desarrollo de la reflexión sobre la movilización magisterial en Colombia.

En relación con el contenido específico del artículo, a continuación se propone una revisión de las principales tendencias teóricas para el análisis de los movimientos sociales, desde los estudios clásicos de la primera mitad del siglo XX, pasando por los cambios epistemológicos de los años ochenta y el abordaje de los nuevos movimientos sociales, para terminar con un análisis sobre las perspectivas integradoras que, a juicio del autor, son las más enriquecedoras a la hora de abordar el estudio de los movimientos sociales en la actualidad. En esta dirección, se sostiene que las tres dimensiones básicas de los movimientos sociales -procesos de organización, formas de movilización y construcción de marcos comprensivos colectivos-, pueden ser aprehendidas con mayor facilidad desde perspectivas teóricas integradoras, las cuales, a su vez, brindan herramientas estratégicas para la consolidación de la acción política y social en América Latina.

La investigación: *Memorias de la acción colectiva del magisterio en Colombia*, se orientó por una perspectiva cualitativa de corte histórico. Para su desarrollo, se abordaron, principalmente, dos estrategias metodológicas: revisión documental de carácter histórico -análisis heurístico y hermenéutico-, y realización de entrevistas -reconstrucción del pasado a partir de la historia oral-. El presente artículo se deriva de una indagación teórica adelantada para soportar los análisis del proyecto de investigación.

LOS ANÁLISIS SOBRE LA MOVILIZACIÓN SOCIAL

Los estudios clásicos

De acuerdo con Rubio (2004), el inicio de las interpretaciones sobre las movilizaciones sociales, puede estar vinculado a la dinámica de las primeras dos décadas del siglo XX. En esta coyuntura hicieron aparición los análisis de la psicología de masas, cuyos principales representantes fueron Gustave Le Bon y Gabriel Tarde, en la cual se intentaba demostrar que el carácter racional que orientaba a los individuos, tendía a desvanecerse en la medida en que éstos actuaban en grupo. Siguiendo tales planteamientos, surgieron dos grandes enfoques que pueden ser considerados como *clásicos*: el del comportamiento colectivo y el enfoque de la sociedad de masas.

Dentro del primero, Rubio destaca dos vertientes: la interaccionista y la funcionalista. La primera de ellas, surgida en la Escuela de Chicago en los años 20, mira a la acción colectiva como un espacio en el que se producen intercambios de nuevas actitudes e interpretaciones de la realidad, y en donde se



sientan las bases para la acción social. Así mismo, a pesar del carácter psico-social de su origen, la perspectiva propuesta por la Escuela de Chicago muestra que la acción colectiva es resultado de cambios estructurales, los cuales motivarían intentos no institucionalizados de re-construcción de lo social, es decir, brindarían referentes para que los grupos sociales se movilizaran, con el fin de ajustarse a los cambios de determinada época. Eyerman (1998) señala tres premisas básicas surgidas de la propuesta de la Escuela de Chicago, éstas son: a) los seres humanos actúan en función del significado que las cosas tienen para ellos, b) el significado de las cosas deriva de la interacción social, y c) las personas se apropian de estos significados y los modifican dependiendo de sus contextos de relación.

De otro lado, en el énfasis funcionalista aportado por Smelser (1995), hacia la década de los cincuenta, se propuso un distanciamiento de los postulados psicólogos para analizar la movilización social, al dar más valor a las determinantes sociales de la protesta. La importancia de la obra de este autor, radicó en su estudio sobre los componentes de la acción social y sobre la manera en que van emergiendo diferentes presiones en tales componentes, que conducen a la aparición de comportamientos colectivos. Las principales hipótesis de trabajo de Smelser, son las siguientes:

- a) El comportamiento colectivo puede clasificarse y analizarse en un mismo marco conceptual que todo comportamiento social;
- b) las formas del comportamiento colectivo constituyen una serie que va de lo simple a lo complejo. Además, las formas más complejas incluyen como componentes los elementos encontrados en las formas más simples, pero no a la inversa. (p. 34)

En torno al enfoque de la sociedad de masas, atribuido por Rubio a Hannah Arendt y William Kornhauser en las décadas del cincuenta y sesenta, se destaca el análisis relacionado con el desarrollo de los totalitarismos. Para estos teóricos, el desarrollo de la sociedad de masas ha generado una desconexión del individuo

con sus vínculos sociales tradicionales -familia, comunidad, sindicatos, iglesia y otras-, y con asociaciones intermedias, lo cual produce una seria fragmentación social que, a la postre, conlleva el estallido de las movilizaciones. A pesar de su distanciamiento de la psicología de masas, todavía estaría presente la idea de que los comportamientos colectivos tienen un carácter irracional. En los estudios de Kornhauser (1959) sobre la sociedad de masas, se sugiere que, contrario a lo que ocurre en las sociedades pluralistas, el individuo tiende a perder su conciencia de sí, es decir, se concibe como individuo en tanto está sometido (alienado) a las decisiones de la masa. Para Kornhauser:

El tipo psicológico característico de la sociedad de masas proporciona escaso apoyo a las instituciones democráticas liberales. El hombre-masa se halla, sin duda, disponible para ser movilizadopor movimientos de masa, ya que carece de un conjunto riguroso de normas internalizadas, las que reemplaza por las normas de la masa. Por tanto, en ausencia de una imagen aceptable de sí mismo, el individuo busca vencer la angustia que acompaña a la autoalienación con la apatía o el activismo. (p. 108)

Como parte del desarrollo analítico en torno a la movilización social, hacia la década de los sesenta del siglo pasado, se fue conformando el enfoque de la *privación relativa*, en el cual se destaca el trabajo de Ted Gurr (1970). Para este autor, la privación sería la percepción que tienen los actores entre sus expectativas frente al sistema y la capacidad de realización de tales expectativas. En relación con la realización de acciones colectivas, según Salamanca (1989), en la obra de Gurr, el paso de la privación relativa a la movilización constituye el tránsito de la frustración a la agresión.

Los individuos se enfurecen progresivamente en la medida en que observan cómo sus capacidades para obtener valores de bienestar (tales como comida, vivienda, salud y auto-realización sociológica), valores de poder



(tales como posibilidad de participar en la toma de decisiones, ya sea votando o como miembro de la élite política, libertad, igualdad, etc.) y valores interpersonales (tales como *status*, reconocimiento de los demás, etc.), se deterioran. El juego de relaciones recíprocas entre las "expectativas de valores" (lo que los individuos aspiran), la "posición de valores" (personales, sociales y política), generan diferentes tipos de privación cuyo alcance o "espacio" depende de la importancia de alguno o de todos estos valores para algunos o todos los miembros de la colectividad. (p. 7)

En resumen, en los análisis de esta escuela, la movilización estaría motivada por una suerte de insatisfacción de los individuos frente a las expectativas -sociales, económicas y políticas- de determinado contexto histórico, es decir, que la privación no sería una condición social objetiva, sino que estaría dada por la percepción que los individuos tienen de su realidad -material, política, social, otra-.

Como se puede apreciar, las apuestas de los enfoques de la sociedad de masas y de la privación relativa empezaron a dibujar una nueva preocupación por las acciones colectivas relacionadas con el carácter estructural de las mismas, preocupación que ya hacía parte de las reflexiones de Smelser. Si bien las explicaciones desde la teoría de la privación relativa retomaron elementos de la perspectiva psico-social, puede hallarse en ella una intención por develar la manera en que las características del contexto inciden en la configuración de las acciones colectivas, es decir, los rasgos de las estructuras -sociales y políticas- tienen un impacto en la forma en que se desarrollan las acciones colectivas.

Así mismo, las apuestas de la psicología de masas y del comportamiento colectivo, en sus variadas expresiones, anuncian la complejidad de la pregunta por la subjetividad en la medida en que esta última está compuesta por materiales diversos y por las tensiones propias de la vida en sociedad. Si bien un rasgo común a las explica-

ciones clásicas, puede ser el peso dado a factores estructurales a la hora de analizar las movilizaciones, ello no oculta que en los estudios de la primera mitad del siglo XX, están en ciernes los cuestionamientos sobre la subjetividad.

LA RUPTURA EPISTEMOLÓGICA A PARTIR DE 1980

La década de los ochenta fue fundamental para la ampliación de los estudios sobre la movilización social en cuanto se evidenció una apertura metodológica hacia temas no incluidos en la agenda investigativa hasta ese momento, tales como: las tensiones entre el lugar de lo colectivo y lo individual en las movilizaciones sociales, las fuentes que motivaban las acciones colectivas y el tipo de movilizaciones desarrolladas.

En esta dirección se encuentra la apuesta hecha desde la Teoría de la Movilización de Recursos (TMR), en cuyos orígenes hay una influencia de Olson (1992) y su aporte sobre la elección racional, según la cual el actor individual se vincula a la movilización al medir costos y beneficios de la acción (se entenderá que los últimos deben ser mayores que los primeros). El mismo autor señalaba que este análisis podía aplicarse en el caso de las organizaciones pequeñas, pues hay una mayor dificultad si se pretende comprender las acciones de grandes organizaciones -como los movimientos sociales-, que propenden por intereses colectivos; el autor comenta:

Las organizaciones pueden por lo tanto, desempeñar una función cuando hay intereses comunes o de grupo, y aunque con frecuencia sirven también a intereses puramente personales e individuales, su función característica y primordial es fomentar los intereses comunes de grupos de personas. (p. 17)



Para Rubio (2004), las distintas corrientes desarrolladas dentro de la TMR, surgen dependiendo del énfasis que se haga en uno o varios de los aspectos señalados. En términos generales, se podrían diferenciar dos grandes tendencias: una centrada en cuestiones como la organización y la movilización, y otra que pone su énfasis en la llamada *estructura de oportunidades políticas*, que permite o limita el surgimiento y desarrollo de un movimiento social.

En la primera tendencia, en donde se destaca las obras de John McCarthy y Mayer Zald, se sugiere que el conflicto es parte fundante de la vida en sociedad, es decir, lejos de reconocer el conflicto como producto de una insatisfacción (perspectiva de la deprivación relativa), se ve la necesidad de comprender cómo el descontento se transforma en movilización, lo cual implica entender las formas de organización de los distintos movimientos para gestionar sus recursos. En esta dirección, el énfasis está en estudiar cómo todas las organizaciones proporcionan unas estrategias destinadas a la consecución de los recursos necesarios para la acción colectiva y al sostenimiento de la organización en el tiempo. En palabras de McCarthy (1999):

En cualquier escenario social concreto, los activistas que pretenden crear nuevos movimientos o dirigir y mejorar los existentes, cuentan con toda una banda de elementos estructurales de movilización. Lo que crea o altera los múltiples modelos sociales concretos que conforman la banda de formas estructurales de movilización al alcance de los activistas, son procesos sociales muy arraigados, pero se pueden inventar nuevas, metamorfosear o combinar de modo creativo las estructuras de las que se dispone para alcanzar el propósito colectivo que se persigue. Los paquetes de estructuras de movilización coherentes surgen a lo largo de épocas históricas diversas, en diferentes zonas culturales o, incluso, durante ciclos más cortos. Pero los activistas deben elegir entre los diversos elementos de los que disponen, y esta elección tiene consecuencias tanto en lo referente a la intensidad como respecto de

la forma que adopte la movilización colectiva, influyendo asimismo sobre la ampliación o merma de la banda de resultados potenciales que se pueden producir. (pp. 214-215)

En la segunda tendencia de la TMR se hace un énfasis no tanto en las formas de organización y movilización, sino en la estructura de oportunidades políticas que tiene una organización para movilizarse. En este sentido, el interés está cifrado en la importancia que tiene el contexto político para la organización, permanencia e impacto de las movilizaciones. Valga decir, que esta tendencia comparte con la perspectiva anterior, la tesis según la cual la acción colectiva se adelanta con arreglo a unos intereses (relación costo – beneficio) de los participantes de las mismas. Rodríguez (2010) argumenta al respecto:

Los elementos del contexto político pueden constreñir la actividad política o habilitar caminos para ella, siendo la forma en que los individuos y grupos actúan en el sistema político no una simple función de los recursos que ellos tienen o de los recursos o barreras de acceso al sistema político, sino que existen vinculaciones o interacciones entre el ambiente (entendido como estructura de oportunidades políticas) y la conducta política. (p. 190)

Como parte del desarrollo de esta perspectiva, Charles Tilly (1998) propuso una mirada histórico-sociológica para comprender el carácter temporal de la estructura de oportunidades políticas. Para el autor, los movimientos sociales tienen lugar por la interacción entre las tácticas de los desafiantes y las prácticas coercitivas del gobierno; así, las formas de violencia que se han presentado en determinados momentos históricos, obedecen a la lógica de esta confrontación. En este análisis propone la categoría de *repertorios de acción* para comprender las transformaciones que ha sufrido la confrontación entre quienes detentan y no el poder en una sociedad. Además, diferencia los repertorios de acción de los *repertorios de enfrentamiento*, por cuanto no todas las acciones colectivas suponen conflictos. Para la existencia de



estos últimos, son necesarias las siguientes condiciones: que un actor haga pública la vulnerabilidad de las autoridades, proporcionar un modelo para el planeamiento de las reivindicaciones, identificar posibles aliados y poner en peligro los intereses de otros actores sociales cercanos al *statu quo*.

Para Tilly, las dinámicas del conflicto van causando variaciones en las redes de oportunidades y en las estrategias políticas de los grupos, ocasionando, a su vez, cambios en las identidades políticas de los actores sociales. El análisis de estas dinámicas permite al autor concluir que los repertorios de acción, entendidos como productos culturales, evolucionan históricamente.

Las huelgas, sentadas, reuniones de masas y otras formas de exigir cambios, enlazan entre sí identidades bien predefinidas y producen incessantes innovaciones hasta el punto de cambiar, a la larga, su configuración, ya que acumulan sus propias historias, memorias, tradiciones, leyes y prácticas rutinarias. (p. 37)

Dentro de este enfoque, también se incluye la obra de Sydney Tarrow (1997), quien en su estudio sobre los ciclos de protesta en Italia, analiza el grado de estabilidad de las alianzas políticas y las posiciones estratégicas de los aliados potenciales de los sectores que protestan. Esto lo lleva a analizar las miradas -de tolerancia o rechazo- que tienen las élites sobre la protesta. El autor dice:

Los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales y muestran en qué son vulnerables las élites y las autoridades. (p. 49)

Vistos así los movimientos sociales, se generan y se mantienen por condiciones externas a las dinámicas constitutivas de los grupos sociales, es decir, en la medida en que la configuración de las oportunidades políticas cambia, ya que la acción colectiva se incrementa cuando la gente accede a los recursos necesarios para escapar a su pasividad habitual y encuentra la oportunidad de usarlos.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

La necesidad de incluir aspectos subjetivos de la vida social y cultural, facilitó una ampliación del campo de estudios sobre la acción colectiva a partir de la década de los ochenta del siglo pasado. Parte de este hecho obedeció a la emergencia de diversas manifestaciones sociales que visibilizaron actores que, hasta el momento, no tenían un reconocimiento político y epistemológico contundente -se hace referencia al caso de los movimientos de mujeres, jóvenes, ambientalistas, entre otras expresiones sociales-. Los acontecimientos y movilizaciones de la década de los ochenta, tensionaron el andamiaje metodológico y conceptual existente hasta el momento, y permitieron la emergencia, por un lado, de la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, y, por otro, la aparición de intentos de integración entre dicha perspectiva y la TMR (Laraña, 1999).

Dentro de la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, se otorga un papel central tanto a los procesos de construcción de identidad en la formación de los movimientos, como a las transformaciones culturales en los que éstos se inscriben y transforman a la vez. Uno de los elementos analíticos propuestos es que las instituciones de mediación tradicionales -como los partidos políticos-, han dejado de representar los intereses de los sectores populares; de allí que tales sectores motiven su propia organización a partir de temas surgidos de las dinámicas de reconocimiento social y cultural propias de cada grupo (motivaciones de género, edad y otras). Para Offe (1996): "el campo de acción de los nuevos movimientos es un espacio de política no institucional, cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del Estado de Bienestar" (p. 174).

Dentro de las apuestas de aquello que se ha denominado como *perspectiva de los nuevos mo-*



vimientos sociales, se resalta el trabajo de Melucci (2002), a partir del cual se pretende comprender las dinámicas cotidianas -simbólicas, culturales- en las que se construye el sentido de las acciones colectivas. Rodríguez (2010) destaca como el principal aporte del sociólogo italiano, sugerir que el movimiento social es una forma de acción colectiva que abarca las siguientes dimensiones: "a) solidaridad, b) conflicto, c) ruptura de los límites del sistema en que ocurre la acción" (p. 208). En el centro de estas dimensiones, el tema de la identidad subyace como una categoría fundamental a la hora de pensar la acción colectiva y las tensiones culturales y políticas en las que se inscribe. En esta dirección, Melucci anota:

El proceso de construcción, adaptación y mantenimiento de una identidad colectiva refleja siempre dos aspectos: la complejidad interna del actor (la pluralidad de orientaciones que le caracterizan) y las relaciones del actor con el ambiente (otros actores, las oportunidades y restricciones). La identidad colectiva proporciona la base para la definición de expectativas y para el cálculo de los costos de la acción. La construcción de una identidad colectiva se refiere a una inversión continua y ocurre como proceso. Conforme se aproxima a formas más institucionalizadas de acción social, la identidad puede cristalizar en formas organizacionales, sistemas de reglas y relaciones de liderazgo. En las formas menos institucionalizadas de acción, su caracterización es la de un proceso que debe ser activado continuamente para hacer posible la acción. (p. 66)

Para algunos autores, la identidad no es ajena a la racionalidad de los individuos, es decir, no existe una contradicción entre la construcción de la identidad y el cálculo político que hacen los individuos para inscribirse en determinada acción. Lo que hace un individuo al participar de una acción colectiva, es formar su identidad. En este sentido, los análisis sobre la identidad no estarían en contradicción con la elección racional propuesta por la TMR, sino que se constituirían en un elemento clave para la ampliación de las preguntas sobre las acciones colectivas. Aquí conviene recordar que la

conformación de la identidad de los movimientos sociales, no tiene un carácter monolítico e inabundado, pero tampoco obedece a una permanente innovación. Como sugiere Archila (2003), pensar la identidad en términos relacionales, implica no esencializar los rasgos culturales e identitarios de un grupo, y reconocer que "en los colectivos humanos no todo es inventado, hay puntos de referencia históricos -no naturales-, que generan tradiciones y continuidades" (p. 379).

A manera de balance, podría decirse que los estudios posteriores a las perspectivas de la movilización de recursos y la de la estructura de las oportunidades políticas han venido abriendo un abanico metodológico y teórico a partir del cual ingresan diferentes dimensiones de las realidades sociales y culturales no previstas en las perspectivas mencionadas. De una u otra forma, los nuevos movimientos sociales, el resurgimiento de la cotidianidad como espacio de construcción de lo social, la proyección de la estética como un campo de juego de lo político, la extensión de los lenguajes simbólicos y el diálogo activo entre lo local y lo global son, entre otros, aspectos que han permitido la incursión de la dimensión subjetiva en los análisis sobre la acción colectiva y los movimientos sociales (Archila, 1987, p. 32).

PERSPECTIVAS INTEGRADORAS

Desde mediados de la década de los ochenta del siglo XX, han surgido intentos integradores que permiten acercar las propuestas de la TMR y la de los nuevos movimientos sociales. Categorías como conciencia colectiva, identidad y subjetividad resultaron clave a la hora de pensar esta integración en lo que Melucci (2002) denominaba *nivel intermedio*, esto es, el espacio que quedaba entre lo visible de las acciones colectivas -formas de organización y movilización, recursos y oportunidades, otras- y los procesos internos de las organizaciones y de los mismos individuos -cuestiones culturales, procesos de construcción de identidad y otros-.



Cabe resaltar, también, los aportes de Touraine (1987), para quien los movimientos sociales son la expresión y la oportunidad más clara para que los actores sociales se constituyan en sujetos, es decir, sólo se puede concebir la noción de sujeto en tanto haya una articulación a un movimiento, pues es en la acción social en donde se catapulta el potencial político y constructivo de la subjetividad. Para este autor:

Sólo existen movimientos sociales y conductas colectivas comprometidas en el conflicto por la gestión de la historicidad, si el actor posee la capacidad de elevarse por encima de simples reivindicaciones y hasta de negociaciones políticas, para reconocerse y afirmarse como productor antes que consumidor de la situación social, y si es capaz de cuestionar esta última en lugar de depender simplemente de ella. (p. 32)

Uno de los primeros intentos de integración se dio a partir de la categoría de movilización del consenso, definida por Klandermans (1992) como el intento deliberado de un actor social por crear consenso entre un subconjunto de la población. Para este autor, el consenso rebasa, además, los marcos del propio movimiento ya que los actores colectivos vinculados al mismo, tejen un sistema de alianzas con otras organizaciones que les permite ampliar su campo de acción y no actuar exclusivamente desde la marginalidad o la subalternidad. En sus palabras:

Aunque el sistema de alianzas de la organización de un movimiento social suela reunir a otras organizaciones de movimientos, también puede agrupar a organizaciones de cualquier tipo: partidos políticos, sindicatos, iglesias, organizaciones recreativas, organizaciones juveniles, organizaciones estudiantiles y universitarias, organizaciones tradicionales o nuevas de mujeres, grupos conservacionistas, entidades empresariales, asociaciones de consumidores, organizaciones comunitarias locales y a veces hasta instituciones de la administración pública... Los sistemas de alianzas son indispensables para que las organizaciones de los movimien-

tos sociales puedan sobrevivir y ejercer alguna influencia política porque les proporcionan recursos y oportunidades políticas. (p. 178)

En aras de ampliar la comprensión sobre el surgimiento y la dinámica de los movimientos sociales a partir de la estructura de oportunidades políticas y con las formas de organización y movilización de un grupo social, en otros enfoques integradores se propone un tercer aspecto a estudiar relacionado con las tensiones/acuerdos internos del movimiento. Así, en el nivel intermedio entre la estructura y la acción política ha surgido la categoría de *procesos de enmarcación* o *marcos de referencia*. Delgado (2009) dice:

Con el concepto de proceso enmarcador se hace referencia a los esfuerzos conscientes realizados por un grupo de personas vinculadas a una organización o movimiento social. Estos esfuerzos propenden por forjar modos compartidos de considerar el mundo y desde ahí legitimar sus posturas interpretativas de las problemáticas y justificar su Acción Colectiva. (p. 29)

Para otros autores, los aportes de esta perspectiva se centran en ampliar la comprensión hacia los siguientes tres aspectos: análisis de las estrategias discursivas orientadas hacia la acción, creación de comunidades epistémicas críticas que emprenden luchas político-cognitivas y acercamiento del movimiento con la opinión pública (Ibarra & Tejerina, 2002). Es válido mencionar que la importancia de los marcos de referencia también había llamado la atención de Tarrow hace algunos años. En palabras de Tarrow (1998):

Los marcos para la acción colectiva actúan como dispositivos de acentuación que o bien subrayan y 'adornan' la gravedad y la injusticia de una situación social o redefinen como injusto o inmoral lo que previamente era considerado desafortunado, aunque tal vez tolerable. Una tarea fundamental de los movimientos sociales es la tarea de 'señalar' agravios, vincularlos a otros agravios y construir marcos de significado más amplios que puedan encontrar eco en



la predisposición cultural de una población y transmitir un mensaje uniforme a quienes ostentan el poder y a otros estamentos. (p. 215)

Junto a, o como parte de, los marcos de acción colectiva se van constituyendo como otras estrategias de tipo simbólico que también resultan de interés a la hora de pensar las dimensiones subjetivas en los movimientos sociales. Una de tales estrategias está relacionada con lo que Casquete (2006) denomina rituales de protesta, por los cuales entiende las "representaciones simbólicas por parte de los movimientos sociales que tienen lugar en la esfera pública de forma regular con el propósito manifiesto de influir en las autoridades y la opinión pública" (p. 46).

Esta categoría de rituales de protesta, entendidos como formas de comunicación mediante la acción, resulta significativa para comprender más ampliamente cómo se conforma la conciencia y las identidades del grupo y el significado que se le otorga al orden social. Así mismo, los rituales tienen un alto potencial para transformar las emociones de los individuos (componente cognitivo de la acción social) y pueden constituirse, además, en mecanismos para recordar colectivamente (comunidades del recuerdo).

El autor mencionado sugiere que el papel de los movimientos sociales en una democracia, no es suplantar a los partidos, sino enriquecer los canales de deliberación y ejercer influencia en los aparatos de toma de decisiones. Como puede verse, este autor reconoce en la acción colectiva, estrategias convencionales y no convencionales de participación que pueden servir de puente entre la mirada sobre la organización y la movilización social y aquella que hace énfasis en aspectos culturales y motivacionales de la acción colectiva. La propuesta interpretativa de Casquete apunta a comprender los propósitos de los nuevos movimientos sociales; él diserta:

Ejercer una política de influencia tanto sobre las autoridades encargadas de la toma de decisiones como sobre la sociedad en su sentido más laxo mediante la difusión de valores que desa-

fían a los valores dominantes y que contribuyen a configurar los esquemas de pensamiento y de actuación de grupos e individuos. (p. 34)

En síntesis, puede decirse que en las propuestas integradoras han aparecido aspectos psicosociales que permiten reconocer más a fondo las dinámicas del nivel intermedio que reclama Melucci y que permiten entender la manera en que se configura un actor colectivo y cómo participa en las movilizaciones y acciones de protesta. En esta perspectiva, puede ubicarse el enfoque constructivista, cuyas principales categorías pueden resumirse de la siguiente forma: proceso de liberación cognitiva, impacto del discurso público en las identidades colectivas, formación y movilización del consenso, alineamiento de marcos e identidad colectiva, entendida como un proceso de construcción de significado localizado en las redes o grupos que conforman un movimiento social.

APUESTAS LATINO- AMERICANAS

Además de las perspectivas integradoras mencionadas hasta aquí, es importante darle un lugar aparte a la perspectiva latinoamericana para el análisis de los movimientos sociales, acotando que desde América Latina se ha contribuido notablemente con el desarrollo de las perspectivas integradoras a partir del énfasis puesto en los procesos de conformación de identidad y construcción de referentes simbólicos y culturales colectivos. En esta dirección, es importante reconocer la perspectiva de la poscolonialidad que hizo incursión en el ambiente intelectual desde la década de los noventa del siglo XX, como contraposición al desarrollo de las ciencias eurocéntricas que habían contribuido a la naturalización de las relaciones sociales a partir de dos procesos: las separaciones o particiones del mundo de lo real y la estrecha relación de las ciencias sociales con el poder instaurado desde arriba (Lander, 2005). Para San-



tiago Castro-Gómez (2005), este poder tiene su origen histórico en el denominado *descubrimiento* de América y en la extensión del proyecto de la modernidad en los siglos subsiguientes. Para este autor, “las ciencias sociales no efectuaron jamás una ‘ruptura epistemológica’... frente a la ideología, sino que el imaginario colonial impregnó desde sus orígenes a todo su sistema conceptual” (p. 153).

En esta tarea de de-construcción de la *episteme* moderna, Boaventura de Sousa Santos (2003) sugiere la necesidad de consolidar una teoría social crítica que trascienda la concepción de un principio transformador único y comprenda la multidimensionalidad de la dominación y la opresión en el contexto actual. Esta perspectiva trae consigo, por lo menos, tres tareas: una, reconocer el carácter multicultural del saber social; dos, la inclusión de conocimientos no profesionales en el acervo intelectual de la época; y, tres, hacer el tránsito de la acción conformista hacia la acción rebelde. Se nota aquí una cercanía con la propuesta integradora sugerida por Casquete, referida anteriormente, por cuanto se considera que las acciones de los movimientos sociales no sólo deben quedarse en el plano institucional, sino que debe propender por conformar un sentido crítico en el conjunto de la sociedad.

En este punto, el estudio de los movimientos sociales surgidos a lo largo del continente latinoamericano, resulta estratégico en la medida en que a partir del mismo se pueden evidenciar formas de socialización, educación y trabajo que promueven la formación de subjetividades rebeldes. Para De Sousa Santos:

Si los rostros de la dominación son múltiples, también deben ser diversas las formas y los agentes de resistencia a ellos. Ante la ausencia de un principio único, no resulta posible reunir todo tipo de resistencias y a todos los agentes allí involucrados bajo la égida de una gran teoría común. Más que una teoría común, lo que se requiere es una teoría de la traducción capaz de hacer mutuamente inteligibles las diferentes luchas, permitiendo de esta manera que los actores colectivos se expresen sobre

las opresiones a las que hacen resistencia y las aspiraciones que los movilizan. (p. 31)

En esta dirección de fortalecer un análisis de los movimientos sociales desde la perspectiva latinoamericana, Juliana Flórez (2010) propone seis claves de entrada resumidas en lo siguiente: a) necesidad de una redefinición espacio-temporal de la modernidad, b) entender la colonialidad como la otra cara de la modernidad, c) comprender el doble proceso de la gobernabilidad moderna (la interna ejercida por los Estados y la externa ejercida por las potencias hegemónicas hacia la periferia), d) proyectar los movimientos sociales como factores que hacen tambalear el proyecto moderno, e) *provincializar* Europa (comprender que el eurocentrismo no es obra exclusiva de los europeos), y f) fortalecer una hermenéutica del surgimiento, a partir de la cual ampliar nuestra comprensión sobre cómo las comunidades se están resistiendo a la hegemonía del capitalismo. Una teoría sobre los movimientos sociales que reúna estas características debe propender por una mirada compleja de la totalidad, pues, en palabras de Flórez:

La tendencia de las teorías de movimientos a dividir las dinámicas sociales en entidades nítidamente diferenciadas y jerárquicamente ubicadas, según su menor o mayor distanciamiento de la tradición, antes que a un descuido, obedece a la visión eurocéntrica de la modernidad, que toma de las teorías críticas de la ilustración y, más concretamente, a su operación eurocéntrica de toma de la globalización como el último estadio de la modernidad. (p.83)

Al reunir parte de los argumentos expuestos desde la perspectiva latinoamericana, es evidente que los movimientos sociales además de constituirse en objetos de estudio, son escenarios de transformación política y epistémica, es decir, en referentes de singular importancia para agenciar el proceso de liberación cognitiva sugerido por MacAdam, referido anteriormente. De allí que resulte clave la propuesta de Escobar, Álvarez y Dagnino (2001):

Cuando examinamos el impacto de los movimientos, entonces, debemos establecer la



medida en la cual sus exigencias, discursos y prácticas circulan de manera capilar (es decir, se despliegan, adoptan, apropian, cooptan o reconstruyen, según el caso) en escenarios institucionales y culturales más amplios. (p. 38)

De una u otra forma, esta tarea pasa por reconocer la historicidad de los procesos sociales en los que se han desarrollado tales movimientos, y mirar la conflictividad social desde la perspectiva de las fracciones subordinadas (Izaguirre, 2004). En síntesis, el problema estriba en comprender qué tanto de transformadores tienen, a nivel político, los movimientos sociales latinoamericanos y, más aún, qué potencial de revolución epistémica encarnan estos movimientos.

CONCLUSIONES

Con base en la revisión bibliográfica realizada, se puede establecer que las diferentes perspectivas teóricas y metodológicas comprometidas en el análisis de los movimientos sociales durante las últimas décadas, pueden tener un grado de integridad si el abordaje analítico compromete tres niveles de reflexión: el de la organización de los movimientos, el de las formas de movilización (acciones colectivas) y el de los procesos socio-culturales de enmarcación.

En este punto, se considera acertada la mirada propuesta por McAdam, McCarthy y Zald (1999), para quienes los análisis sobre las oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores resultan complementarios, antes que excluyentes. Estos autores destacan que una mirada sobre la estructura de oportunidades políticas, puede ofrecer elementos centrales para pensar el momento en el que surgen los movimientos sociales, mientras que las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores pueden aportar más elementos sobre el desarrollo de los movimientos.

Al compartir estas orientaciones, se debe señalar un riesgo relacionado con la posibilidad de caer

en una mirada lineal, empezando por el análisis del surgimiento de los movimientos, para luego mirar su desarrollo a partir de sus formas de organización y movilización, y los procesos enmarcadores que les caracterice. Superar este riesgo implica comprender que los tres procesos van de la mano y que es sólo para efectos analíticos y metodológicos que se les puede dividir. En el análisis de las oportunidades políticas que tiene un grupo social para su acción colectiva, se puede evidenciar procesos de movilización que generen tales oportunidades, y, a su vez, procesos enmarcadores (creencias compartidas) que le den sentido a la acción colectiva.

En todo caso, la movilización social de determinado grupo, requiere la existencia de creencias compartidas (creencias generalizadas en Smelser), que les sirvan a los individuos como referentes colectivos para vincularse a la movilización. Algunos de estos referentes se juegan en un plano evidente -inconformidad por determinada situación social, intereses gremiales, solución a problemas inmediatos, etcétera-, y otros están asociados a elementos más profundos -identidades colectivas, lenguajes simbólicos compartidos, memorias emblemáticas, representaciones culturales, otros-. Atentos a las reflexiones de Melucci (2002), se considera que estas construcciones sociales de la realidad, la asignación colectiva de significados a la experiencia social no dependen exclusivamente de la actividad interna de los grupos, sino que también entra en juego la interacción de los sujetos sociales con sus contextos. Para el autor:

Es necesario volver a plantearse la acción social a partir del proceso por el cual su significado se construye en la interacción social... Son los actores sociales quienes producen el sentido de sus actos mediante las relaciones que entablan entre ellos. Pero la interacción nunca es un proceso completamente manifiesto, sino que depende del campo de oportunidades y constricciones que los actores observan y utilizan. La dominación y el poder no son realidades metafísicas que existan fuera de los juegos de los actores; son la expresión más sólida, permanente y desequilibrada de esos juegos. (p. 111)



Sumado a lo anterior, existe un reto adicional relacionado con el lugar que ocupa esta reflexión en el contexto latinoamericano. Al tener en cuenta las particularidades de la experiencia político-cultural de nuestros países, es clave entender que el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales está asociado con una ampliación del canon democrático instaurado en estas latitudes y con la necesidad de re-construir el significado de la *ciudadanía*, categoría tan amplia como ajena a nuestra experiencia histórica. Las preguntas que nos sugieren los autores latinoamericanos, se dirigen a indagar, primero, por la refundación de las instituciones políticas tradicionales -Estado, partidos políticos, escuela-, y, segundo, por la reformulación de las categorías analíticas provenientes de las ciencias sociales occidentales -eurocéntricas y nortecéntricas- a partir de la cual dar desarrollo a lo que Boaventura de Sousa Santos denomina una "epistemología del sur".

No obstante, la ampliación y fortalecimiento de una democracia sólida y radical en el contexto latinoamericano, demanda el tránsito de estos dos estadios -el cuestionamiento a lo institucional y la reformulación epistémica-, hacia la construcción de proyectos colectivos en los que se vean representadas las necesidades y angustias vitales (existenciales) de los sujetos sociales latinoamericanos. En este camino, las perspectivas integradoras sobre los movimientos sociales, no pueden fungir, exclusivamente, como referentes teóricos de análisis de la realidad social, sino que, además, pueden -y deben- brindar herramientas para que los colectivos sociales se articulen más fácilmente a partir de la identificación de sus necesidades y recursos de lucha, planeen y ejecuten movilizaciones en demanda de mejorar sus condiciones de vida, y creen los escenarios necesarios para la consolidación de referentes políticos, culturales y educativos a partir de los cuales se garantice la permanencia de sus luchas en el tiempo. Con esto resulta claro que la tarea del investigador tiene un alto componente de acción política, sin la cual su papel como intelectual se reduciría al de un exégeta de la sociedad sin mayores grados de vinculación con las causas y movimientos que estudia.

En síntesis, las perspectivas integradoras para el análisis de los movimientos sociales en América Latina, además de facilitar la comprensión de las acciones sociales y la dinámica política continental, deben contribuir para la construcción de escenarios político-culturales deliberativos, a partir de los cuales ampliar no sólo las débiles democracias, sino también los procesos de formación política de la población.

REFERENCIAS

- Archila, M. (2003). *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: ICANH, CINEP.
- Casquete, J. (2006). *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Castro-Gómez, S. (2005). Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro. En E. Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 145-163). Buenos Aires: CLACSO.
- Delgado, R. (2009). *Acción colectiva y sujetos sociales. Análisis de los marcos de justificación ético-políticos de las organizaciones sociales de mujeres, jóvenes y trabajadores*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- De Sousa Santos, B. (2003). *La caída del Angelus Novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Bogotá: ILSA, Universidad Nacional de Colombia.
- Escobar, A. (2001). *Política cultural y cultura política*, Madrid: Taurus.
- Eyerman, R. (1998). La praxis cultural de los movimientos sociales. En P. Ibarra & B. Tejerina (Comp.) *Los Movimientos Sociales*, (pp. 139-164). Madrid: Editorial Trotta.



- Flórez, J. (2010). *Lecturas emergentes. Decolonialidad y subjetividad en las teorías de movimientos sociales*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Ibarra, P. & Tejerina, B. (eds.). (1998). *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Editorial Trotta.
- Gurr, E. (1970). *Por qué los hombres son rebeldes*. Princeton: Princeton University Press.
- Klandermans, B. (1992). La unión de los 'viejo' con lo 'nuevo': el entramado de los movimientos sociales en los Países Bajos. En R. Dalton & M. Kuechler (Comp.) *Los nuevos movimientos sociales* (pp. 173-192). Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.
- Kornhauser, W. (1959). *Aspectos políticos de la sociedad de masas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laraña, E. (1999). *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- McAdam, D. (1999). Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación. En D. McAdam, J. McCarthy & M. Zald (Eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 49-70). Madrid: Istmo.
- McCarthy, J. (1999). Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades. En D. McAdam; J. McCarthy & M. Zald, (Eds.) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas* (pp. 205-220). Madrid: Ediciones Istmo.
- Melucci, A. (2002). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Offe, C. (1996). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Editorial Sistema.
- Olson, M. (1992). *La lógica de la acción colectiva*. México: Limusa.
- Rodríguez, C. (marzo, 2010). De la estructura de oportunidades políticas a la identidad colectiva. Apuntes teóricos sobre el poder, la acción colectiva y los movimientos sociales. *Espacios Públicos*, 13(27), 187-215.
- Rubio, A. (enero, 2004). Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales. *Circunstancia*, 3, 1-35 Recuperado de http://www.ortegaygasset.edu/circunstancia/numero3/art4_imp.htm
- Salamanca, L. (abril, 1989). La teoría norteamericana de movimientos sociales. *Instituto de Estudios Políticos*, 72, 99-127. Recuperado de http://www.ulpiano.org.ve/revistas/bases/artic/texto/RDUCV/72/rucv_1989_72_99-127.pdf
- Smelser, N. (1995). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tilly, Ch. (1998). Conflicto político y cambio social. En P. Ibarra & B. Tejerina (Comp.) *Los Movimientos Sociales* (pp. 25-42). Madrid: Editorial Trotta.
- Touraine, A. (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba.